

Aparte de sus colaboraciones en «El Socialista», «El Heraldo de Madrid» y, más tarde, en «La Nueva Era», Morato es autor de una serie importante de libros, de los que vamos a mencionár algunos. En 1897, publica en la «Biblioteca Socialista» **«Notas para la Historia de los modos de producción»**. Se trata, como algún autor ya ha indicado, de un conjunto de notas redactadas como complemento a las conferencias de Deville y Lafargue, que fueron traducidas por el propio Morato y que suponen un primer intento de presentar una interpretación marxista de la historia de España. Años más tarde, concretamente en 1918, y quizá como consecuencia de su experiencia en la Escuela Nueva durante el curso 1915-1916, donde tiene a su cargo los cursos breves de vulgarización sobre la «Historia del Socialismo Español», escribe **«El Partido Socialista Obrero»**, la obra que hoy nos ocupa. En 1919, publica en Málaga **«Los redentores del obrero. Rafael Salinas Sánchez»**, posiblemente la primera de las obras de corte biográfico realizadas por este autor. Seis años más tarde publica, en la madrileña Imprenta de José Medina, **«La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir»**, que es, sin lugar a dudas, otra de las fuentes fundamentales para la historia del socialismo español. Publicados en el periódico «La Libertad» de septiembre a noviembre de 1928, encontramos una serie importante de biografías sobre algunos de los más destacados personajes del socialismo en España, artículos biográficos que han sido recopilados y publicados por Víctor Manuel Arbeloa en el libro «Líderes del Movimiento Obrero español». En Gráfica Socialista de Madrid, el año 1930 publica otro trabajo en el que se desarrolla en extensión un punto que ya había tratado en «El Partido Socialista»: se trata de la **«Historia de la Sección Española en la Internacional (1866-1874)»**.

El tema de la influencia jugada por el guesdismo en el pensamiento socialista español es un punto que no podía faltar en las obras de Morato; es más, parece ser uno de los primeros en señalarlo: «Para los socialistas españoles la ortodoxia está en el partido dirigido por Guesde y Lafargue y en la democracia socialista alemana con Liëbknecht y Bebel», dirá en «El

partido Socialista Obrero». Influencia guesdista que asimismo recoge en una de sus últimas obras y quizá la más conocida, **«Pablo Iglesias, educador de muchedumbres»**, editada por «Espasa-Calpe» en 1931: «Fue Guesde quien de una manera decisiva influyó en el pensamiento del socialismo español», frase que algunos aceptaron de forma mecanicista reduciendo, abusivamente, el socialismo español de un extenso período a un puro mimetismo del guesdismo.

Morato es así el Testimonio, el testimonio sencillo de alguien que resulta a la vez protagonista e historiador de los acontecimientos, sin que su solidaridad con la organización socialista merme su actitud crítica.

Nos alegramos de ver reeditada una obra de primera magnitud que, como muchas otras de similar valía, corría el riesgo de quedar perdida tras años de oscurecimiento cultural y esperamos que otras muchas sean rescatadas del, en ocasiones, forzado olvido al que habían sido condenadas.

■ LUIS GALIANO.

INGLESES EN ESPAÑA

Ciento veinticuatro obras de ingleses, viajeros en la España decimonónica, tiene fichadas hasta ahora el profesor José Alberich. Alberich, andaluz de Algeciras—es decir, andaluz muy cercano a la influencia inglesa por la geografía—lleva ya dieciséis años en Inglaterra, enseñando literatura española en la Universidad de Exeter. Su tesis doctoral, previa a su marcha a las Islas Británicas, versó precisamente sobre el tema de la anglofilia en la generación del 98. Y uno de sus libros más conocidos es «Los ingleses y otros temas en Pío Baroja» (1966).

Ahora Alberich publica en la Colección de Bolsillo de la Universidad de Sevilla un curioso volumen: **«Del Támesis al Guadalquivir: Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX»**, donde re-

coge el testimonio escrito de seis autores ingleses. Son éstos: H. D. Inglis, Richard Ford, George Borrow, R. D. Murray, W. G. Clark, A. J. C. Hare y R. B. Cunningham Graham. Al realizar la selección de sus textos el profesor Alberich ha tenido buen cuidado de eliminar repeticiones inevitables. En efecto, es difícil que un viajero vaya a Sevilla y no describa la Torre del Oro, la Catedral o el



Alcázar. Con estas omisiones consiguiera darle interés a un tema que no siempre lo tendría y que así sirve de complemento, como señala el antólogo en su introducción, a lo que los autores españoles escribieron acerca de la España de este tiempo. Un español de entonces no describía, por obvias, las costumbres y las escenas más usuales. Buscaba lo pintoresco o lo que le parecía fuera de lo normal; es decir, lo noticiable, lo curioso. Los ingleses, en cambio, describieron lo cotidiano y normal, que sin duda, para ellos no lo era tanto. Pero también señala cómo, acaso por influencia del entonces naciente romanticismo, no eran pocos los que se dedicaban a una Persecución de secarada de lo 'típico', es, como el 'broken Spanish', como el español chapurreado, una copia grotesca de la verdadera España... Y esta idea la toma de Blanco-White, que hablaba de las «bellezas infieles», de las interpretaciones capri-

chosas que muchos de los ingleses hacia de España en sus escritos. Incluso viajeros como Richard Ford, por ejemplo, que junto a Borrow es de los más notables intérpretes de la España de la época, caen a veces en verdaderas aberraciones. Dice Alberich: «Richard Ford llega a burlarse de los caballeros de Mataró porque llevan levita y no la típica berretina, como si alguna vez la hubiesen llevado». Fueron, en parte, como antecesores del «Spain is different» proturístico de nuestra época. Claro es que cuando escribían estos libros les movía un interés que no era solamente turístico. Muchos de ellos buscaban facilitar información sobre un país, que había sido aliado en la no lejana guerra contra Napoleón, y que como la recién independizada América era un buen campo para la expansión comercial de la entonces pujante Inglaterra, poseída de su propio valor, llena de seguridad en sí misma. El propio Blanco-White resultaba ganadopor este convencimiento cuando escribía «nadie que esté en su juicio y tenga el corazón sano podrá dudar de la gran superioridad de Inglaterra sobre el resto del mundo civilizado».

Este libro de Alberich es el testimonio de seis de esos hombres que de aquel «país superior» vinieron al nuestro, continuadores a su manera de una larga tradición que tenía antecedentes como los de Jame Howell («Epistolae Howelianae») o el tercer barón Holland. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

LOS INTELECTUALES DE LA U.R.S.S.

Llevar a cabo un estudio como el de **L. G. Churchward** sobre «*La intelligentsia soviética*», su estructura social y su papel durante los años sesenta (1) no es precisamente una empresa fácil.

El primer problema surge a la hora de determinar si, colectivamente, los intelectuales constituyen un estrato o

un grupo autónomo. En su célebre trabajo sobre «Los intelectuales y la organización de la cultura» (2), Gramsci llegaba a la conclusión de que no cabía hablar de autonomía en relación con aquéllos sino que cada grupo social creaba orgánicamente «una o más capas intelectuales que le daban homogeneidad y conciencia de sus funciones».



Como reconoce, sin embargo, el propio Churchward, las tesis de Gramsci no han despertado el interés que merecían entre los sociólogos soviéticos; de ahí que al centrar su atención en un objeto tan vasto y complejo como es la «intelligentsia» dentro de la U.R.S.S. y tener que utilizar datos y estadísticas elaborados por aquellos, el autor opte por una definición propia lo suficientemente objetiva y acorde con el pensamiento sociológico de ese país. Así clasifica entre los intelectuales a todas aquellas «personas con educación superior universitaria (de la que hacen o no uso), y de personas que, aunque no tengan un título superior, trabajan profesionalmente en puestos para los que normalmente se exige la posesión de ese título».

(1) *La «Intelligentsia» soviética. Traductor: Andrés Ortega Klein. Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976.*

(2) *Incluido en Cultura y literatura. Selección, traducción y prólogo de Jordi Solé-Tura. Ediciones Península, Barcelona, 1972.*

Naturalmente, aunque la anterior definición deja fuera a grupos incluidos por otros autores —los «white-collar workers» o empleados de cuello blanco, por ejemplo, que si bien ejercen profesionalmente una actividad mental no tienen en muchos casos más que un título medio—, no por ello deja de ser una especie de cajón de sastre en la que caben desde el primer miembro de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. hasta un administrador de empresa o un «apparatchik» del Partido, pasando por toda suerte de creadores y propagadores culturales.

El segundo problema al que debe hacer frente Churchward se refiere precisamente a las fuentes utilizadas. Ya se trate de resultados de encuestas instantáneas o de sondeos por panel, el autor ha tenido que contentarse con elaborar sus conclusiones a partir de análisis secundarios de datos de difícil cuando no imposible verificación.

Un nuevo factor de complejidad radica en la amplitud propia del campo elegido: aún teniendo en cuenta los intentos niveladores —de homogeneización— efectuados por los responsables del desarrollo cultural y científico del país, la pluralidad de etnias, culturas y nacionalidades que configuran la U.R.S.S. impiden en buena medida las generalizaciones a nivel del Estado soviético.

Por esas y otras muchas razones, un estudio como el del profesor australiano en el que se trata de analizar el mundo de la «intelligentsia» desde diversos ángulos, que toca aspectos tan varios como pueden ser las formas de vida de los intelectuales, su posición en la escala de prestigio, el desarrollo de su espíritu crítico frente al establishment, su grado de militancia política, sus relaciones con el burocrático «apparat» del partido, sus contactos con el exterior, etc., tiene necesariamente que ser «más amplio que profundo» —según reconoce el propio autor— de tal forma que sólo puede ofrecernos conclusiones a las que cabe atribuir un valor de orientación.

No obstante lo cual, la diversidad del material consultado —de difícil acceso incluso para el especialista— el caudal de datos reunidos y la propia originalidad del tema confieren al libro del profesor Churchward un indudable interés. ■ **JOAQUIN RABAGO.**